

—Querido maestro, empezaré por daros un abrazo en testimonio de gratitud y después os pagaré una deuda ha largo tiempo contrai-da.

El zapatero confuso con la honra recibida, apenas comprendía lo que escuchaba; pero el Arzobispo continuó diciendo:

—Prometí pagaros un par de zapatos cuando fuese arzobispo de Toledo; y aún cuando vuestra caridad me los regaló, quiero recom-pensar vuestra cristiana generosidad. Una buena acción jamás se pierde.

Diciendo así, tomó un bolsillo que preparado tenía y se lo entregó diciendo:

—He aquí el precio de los zapatos (50 onzas de oro contenía el bolsillo). Ahora pedidme una gracia, sea cual fuere: si está en mi poder concedida la tenéis; sino iré á la corte y la obtendré, no lo dudo, del Monarca.

Llorando sinceramente el zapatero exclamó:

—Señor: apenas puedo creer lo mismo que estoy viendo; la can-tidad que vuestra eminencia me regala sobra en mucho para lo que puede restarme de vida; sólo deseo que á mi muerte no queden aban-donadas dos hijas que tengo, mozas ya.

—Veréis realizado muy pronto vuestro justo deseo.

—¡Dios os bendiga, señor!

El Arzobispo cumplió inmediatamente su palabra, fundando el colegio de las doncellas nobles, cuyas dos primeras colegiales fueron las hijas del zapatero, á quienes el Cardenal sacó ejecutoria de no-bleza.

El Arzobispo fué el célebre cardenal Silíceo.

AL TIEMPO.

¡Cómo de entre mis manos te resbalas,
 ¡Oh! cómo te deslizas, edad mía!
 ¡Qué mudos pasos traes, muerte fría,
 Que con callado pie todo lo igualas!
 Feroz, de tierra el débil muro escalas,
 En quien lozana juventud se fía;
 Mas ya mi corazón del postrer día
 Atiende al vuelo sin mirar las alas.
 ¡Oh condición mortal! ¡Oh dura suerte!
 Que no puedo querer vivir mañana